

JEAN-FRANÇOIS CABRAL / CHARLES PAZ*

La huelga general de mayo-junio de 1968. ¿Cuál es su vigencia para los revolucionarios?*

Mayo del 68 fue el catalizador de la emergencia de una nueva generación política y social. Hoy, la situación es diferente. Los años de gestión capitalista han reducido considerablemente el crédito con el que contaba la socialdemocracia. La izquierda comienza a representar una alternativa inestimable ante la perspectiva de próximas luchas. Porque en el momento en que la mayoría de la población estime que las generaciones futuras vivirán en peores condiciones que aquellas que les precedieron, cuando los desastres ecológicos y sociales de un capitalismo desbocado hunda a millones de trabajadores en la miseria, la rebelión no es solamente posible, sino que habrá más razones para hacerla aún más radical que hace 40 años.

Lo importante es que la acción haya ocurrido,
cuando todo el mundo la consideraba impensable.
Si esta ya ocurrió esta vez, puede repetirse...

JEAN-PAUL SARTRE (1968)

A partir de 1968, cada aniversario es motivo para una nueva reflexión en la que generalmente se reducen los sucesos del momento a aspectos anecdóticos, a menos que estos no sean considerados como el origen de todas aquellas desviaciones padecidas por nuestra sociedad.

Es desde esta perspectiva que Sarkozy se vuelve, naturalmente, el más radical: «[...] se trata de saber si la herencia de Mayo del 68 debe ser perpetuada o si la misma debe de ser liquidada de una vez por todas.

* Jean-François Cabral, profesor francés, miembro del Buró Político de la Liga Comunista Revolucionaria (LCR, sección francesa de la IV Internacional). Charles Paz, también francés, es inspector del trabajo y miembro de la Comisión de Control de Estatus de la LCR. Ambos autores formaron parte de la Comisión Nacional para la formación de la LCR.

** Publicado originalmente en *Inprecor*, 2008; 538: mayo, «La grève générale de mai-juin 1968. Quelle actualité pour les révolutionnaires?» fue traducido del francés por Jacqueline Laguardia Martínez.

Yo quiero pasar la página de 1968», proclamaba orgullosamente después de su última reunión en la campaña electoral para la presidencia.

De cierta manera, se le entiende. En mayo-junio de 1968, la movilización de una fracción de la juventud, muy reducida al principio, fue capaz de lanzar a Francia a la más grande huelga general de su historia. Y ciertamente, en el Elíseo no es cosa de risa que miles de jóvenes de la enseñanza media salgan nuevamente a la calle con pancartas que recen: «1968... 2008: el sueño continúa».

Los dueños, al igual que los gobernantes, no aman mucho estas situaciones en las que una movilización poderosa amenaza sus planes y cuestiona su poder, así sea de manera limitada.

Tras 40 años esta experiencia queda, en principio, como una confirmación: un movimiento masivo de la población puede desbordar incluso las estructuras tradicionales de izquierda y del movimiento obrero y trastornar el orden establecido. He aquí una lección: por sí solo, el movimiento no tiene muchas posibilidades de ofrecer una salida susceptible de cambiar la situación de forma permanente... Para ello hace falta un instrumento político que no se construye sino muy raramente en el transcurso de los acontecimientos, antes de que la historia regrese «a mordernos la nuca», una vez más...

Una minoría estudiantil se radicaliza

La simultaneidad de los movimientos juveniles en el mundo, en este período, corresponde a un cuestionamiento generalizado del orden político que se estableció tras la Segunda Guerra Mundial, caracterizado por la repartición del mundo en zonas de influencia en el contexto de la coexistencia pacífica. Esos movimientos juveniles, principalmente de estudiantes, influyeron en sus países de disímiles maneras.

¡Había no pocas razones para las revueltas! Aun las juventudes privilegiadas de un país como Francia podían darse cuenta. Gracias al milagro de la televisión instalada en la mayoría de los hogares era posible seguir, directamente, la muerte programada de cientos de miles de personas en Biafra (Nigeria), víctimas de una guerra sin piedad entre los *trusts* petroleros británicos y franceses. Podían apreciarse también, día tras día, los bombardeos en Vietnam.

Una pequeña fracción de la juventud estudiantil se politiza, se radicaliza en el transcurso de los años que antecedieron a 1968, en un con-

texto marcado por el imperialismo y la guerra de Vietnam. Este país constituye una fuente particular de indignación y a la vez, para aquellos que aspiran a un mundo mejor, una fuente de esperanza. En febrero de 1968 ocurre la ofensiva de Têt, verdadera insurrección organizada por el Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur. Durante algunas horas, Saigón pareció estar en manos de los insurgentes y el prestigio de los Estados Unidos sufrió un golpe tremendo.

En la misma época, hubo otros ejemplos de pueblos del Tercer Mundo que parecían plantarse firmes frente al imperialismo, comenzando por Cuba, donde Fidel Castro organiza, a finales de 1967, la Conferencia Tricontinental, reunión destinada a afianzar la solidaridad de los pueblos de Asia, de África y de América Latina frente al imperialismo. El Che Guevara lanza vibrantes llamados para crear, si fuese necesario, «dos, tres... muchos Vietnam». En el mismo momento, la Revolución Cultural en China está en pleno auge y aparenta ser un ejemplo de una revolución permanente donde los estudiantes parecen estar al frente con el pequeño libro rojo a la mano —decíase— para «servir al pueblo».

Al Este, la Primavera de Praga, comienzo de la liberación política y la movilización en un Estado bajo la órbita soviética, que trajo la esperanza de la posibilidad de un socialismo democrático.

La lucha de los pueblos oprimidos del Tercer Mundo encuentra eco en el corazón mismo de Estados Unidos. Desde 1965, el movimiento negro se radicaliza. El «Poder Negro» gana influencia, afirma la necesidad de una lucha violenta y proclama la solidaridad de los negros americanos y del pueblo vietnamita que enfrentaban a un mismo enemigo.

La violencia política aflora casi por todas partes: en Japón con los *Zengakuren*, un sindicato estudiantil también muy politizado; en Alemania una oposición extraparlamentaria se desarrolla con la SDS, la Liga Estudiantil alemana animada por Rudi Dutschke.

Este descubrimiento del compromiso de una fracción de la juventud se da, principalmente, a través de la solidaridad de unos con otros en cada esquina del mundo, donde luchan e intentan dar el ejemplo. En esta radicalización, la idea del compromiso solidario internacionalista, la sensación de que todos aquellos que luchan contra el imperialismo son hermanos de combate, es un hecho que marca. No obstante, tiene sus limitaciones asociadas a la tentación de tomar atajos, de pensar la posibilidad de la revolución y la transformación radical del mundo más

allá de modificaciones políticas profundas en la clase obrera, especialmente en las metrópolis imperialistas.

En Francia, como en la mayoría de los países capitalistas desarrollados, el número de estudiantes aumenta. Los capitalistas no pueden conformarse con escoger su mano de obra calificada, el personal que necesitan en entornos privilegiados o de clase media. Necesitan ampliar su reclutamiento. Los niños de los estratos más populares comienzan a llegar a la universidad; rechazan el papel de perros guardianes del capitalismo que se les quiere imponer y su radicalización se identifica con aquella de otros jóvenes que rechazan el orden moral de la sociedad gaullista.

Sin dudas, y porque la tradición comunista está más viva que en otros lugares, aparecen numerosos pequeños grupos políticos de extrema izquierda. Las primeras rupturas con el Partido Comunista, organización dominante en el campo político de izquierda, han ocurrido durante la Guerra de Argelia. Al negarle su apoyo al pueblo argelino, el PCF fue descartado en los medios estudiantiles politizados.

En 1966 la Unión de Estudiantes Comunistas, la organización estudiantil del PCF, voló en pedazos con la partida de los maoístas que se reencuentran, fundamentalmente, en la UJC (ML) y en el PCMLF, y de los trotskistas de la JCR (Alan Krivine) que rechazan el apoyo que da el PCF a la campaña presidencial de un candidato de centroizquierda, François Mitterrand.

La politización del movimiento se intensifica alrededor de la solidaridad con la revolución vietnamita. Después de la manifestación en Liège, en 1966, la de Berlín de febrero de 1968 brindó la ocasión de confrontar las experiencias propias en los diferentes países y de constatar que, un poco por todas partes, los jóvenes estaban en camino de reencontrarse con cierta tradición revolucionaria –buscando con mayor o menor suerte en el viejo arsenal de las ideas comunistas revolucionarias que se creían completamente olvidadas, e incluso pasadas de moda.

Antes de 1968, esos grupos no son más que un puñado, con una influencia muy relativa en el medio. Esos son los acontecimientos que van a proyectarlos en la escena cuando esta radicalización termina por encender la pólvora.

Los «gloriosos 30»: ¿alguna razón para rebelarse?

Los «gloriosos 30» son un importante período de crecimiento económico ininterrumpido de la economía capitalista, aún mejor apreciado pues siguió a la crisis de 1929 y al desastre de la Segunda Guerra Mundial, así como a una época difícil de reconstrucción donde hubo que subirse las mangas y apretarse el cinturón durante varios años.

En Francia, sin embargo, los *parkings* no dan abasto, los *caddies* tampoco. Los obreros tienen derecho a HLM¹ «con todo el confort»: se ven algunos kilómetros de hormigón, un poco tristes, pero esto es un adelanto para la época y quedaban aún algunos barrios marginales, mas estos son para los inmigrantes de Nanterre o de Courneuve... Resulta evidente que la sociedad de consumo aún tiene sus excluidos: uno de dos franceses no posee automóvil y en la mitad de los hogares faltan el agua caliente, ducha o sanitarios interiores, o todo a la vez. Pero se dice que esto mejorará...

El gaullismo permitió al capitalismo acelerar la reestructuración del aparato productivo. El número de asalariados aumentó rápidamente y el número de obreros industriales que trabajaban en medianas y grandes empresas alcanzó, en los años 60, un nivel nunca antes visto. La producción industrial creció en un 50 % en 10 años.

Mas, ¿a qué precio? Para alcanzar esto, el mundo del trabajo hubo de acudir a la división de las tareas, al trabajo en cadena y al aumento de su intensidad. Todos los encantos del taylorismo se generalizan en una jornada media de 46 horas de trabajo a la semana y un ejército de pequeños jefes que hacen sudar las ganancias. El trabajo es más fatigante y también más peligroso: se cuentan 2.5 000 000 de accidentes de trabajo cada año en un total de 16.5 000 000 de asalariados.

El desempleo es marginal: entre 200 000 y 300 000 personas. Pero en un año, la cifra casi se dobla provocando algunas inquietudes.

Con respecto al crecimiento, este se verifica, pero mal distribuido. Se puede vivir en un país rico, ver cómo aumenta su nivel de vida y tener la impresión justificada de no prosperar cuando las ganancias aumentan más rápido que los salarios.

¹ *Habitations à Loyer Modéré*: viviendas de bajo alquiler [n. de la R.].

De parte de los sindicatos, prima sobre todo la simulación de cierta agitación. Las huelgas «totalmente automatizadas» se suceden de vez en cuando, pero en realidad son pocas.

Entre 1967 y 1968 sin embargo, el clima social cambia un poco. Se verifica la ocurrencia de algunas huelgas, especialmente en empresas empleadoras de jóvenes trabajadores en cadena. En febrero de 1967, los obreros de Rhodia, en Besançon, extendieron su huelga a todo el grupo empresarial y ocupan las fábricas. Las ocupaciones ocurrían después de mucho tiempo. Algunos meses más tarde, el conflicto apareció en Lyon, acompañado de algunos enfrentamientos con la policía. Otro ejemplo fue la huelga de Saviem, en Caen, en enero de 1968. En esta fábrica de 4 000 personas, 500 obreros desfilaron en cortejo y arrastraron a sus camaradas, a pesar de los sindicatos. La fábrica fue ocupada. Intervención inmediata de las CRS. Al día siguiente, los obreros desfilaron por la ciudad y enfrentaron brevemente a la policía. Un día después, obreros y estudiantes se encontraron, codo a codo, en una verdadera jornada de motines con un saldo de más de 200 heridos.

Como estos hubo algunos conflictos «duros», poco usuales. Sin embargo, antes de mayo, la impresión que dominaba era, al menos, que nada extraordinario pasaría después de la gran huelga de los mineros de 1963.

Pero, ¿De Gaulle? 10 años ya que se le soportaba. Llegado al poder en 1958, llevado por una insurrección de derecha en un contexto de crisis aguda con la Guerra de Argelia, apareció como una especie de salvador supremo, un Bonaparte, que puso de acuerdo a todo el mundo alrededor de su persona, siendo él el hombre de los capitalistas. Los trabajadores parecían impresionados y, al igual que sus organizaciones, lo dejaban parlotear en televisión: «Las amas de casa quieren refrigeradores y aspiradoras [*es el progreso*], pero ellas quieren también que sus maridos no se vayan de parranda [*es el orden*], ¡y bien! El Estado es como los hogares, hace falta el progreso pero también el orden».

Los «títeres del general», a quienes a veces se llamaba «diputados», hacen aprobar las leyes sin discutir las apenas. La oposición no tiene muchas perspectivas. Está el «radical» Pierre Mendès-France o François Mitterrand, quien aún no es socialista. Pero, precisamente los socialistas no tienen mucho crédito después de su cambio de casaca en 1956 en ocasión de la Guerra de Argelia. Con respecto al PCF, el partido de izquierda más importante de la época, permanece aislado de los otros

partidos desde los inicios de la Guerra Fría. El PCF abogaba, después de varios años, por «un gobierno de unión democrática», pero nadie quería esto, especialmente Mitterrand, a quien no preocupaba demasiado si desde 1965, en la primera vuelta electoral para la presidencia, el PCF aceptó borrarse ante su candidatura...

En 1968 la sociedad parece bloqueada, sin perspectivas de cambios reales, mientras que a todos los niveles y sobre todos los planos solo demanda evolucionar.

Algunas barricadas... y es toda una situación que cambia

El movimiento arrancó el 22 de marzo, después del arresto de Xavier Langlade, un estudiante de Nanterre, militante de la JCR, bajo sospecha de haber participado en una manifestación que atacó la sede de una compañía estadounidense (American Express). Los enfrentamientos con la extrema derecha fueron el pretexto para cerrar la universidad el 2 de mayo. El 3 de mayo tuvo lugar en la Sorbona un mitin de protesta que congregó alrededor de 500 militantes. Eran pocas personas. Pero la operación «conejera», que consistió en sacar a los 300 jóvenes problemáticos por grupos de 10, duró bastante tiempo. Al cabo de 10 horas, se formó una concentración. Los insultos comenzaron a llover de una parte y de otra, los adoquines volaban y aterrizaban, a veces pesadamente, sobre las cabezas de los policías: el Barrio Latino se inflamaba de golpe.

El inicio del movimiento de Mayo tuvo algo de fortuito. Después de semanas, cierta agencia de prensa explicaba a lo largo de sus columnas que ya era suficiente de estos grupúsculos que armaban tanto jaleo. La solución parecía simple: es suficiente detener a sus miembros para que todo regrese al orden. El 3 de mayo Grimaud, el prefecto de la policía, tenía razones para estar satisfecho: los grupúsculos estaban todos allí... ¡la policía los tenía! Pero los miles de estudiantes se reunieron y enfrentaron a la policía. Lo novedoso fue que no cedieron ante la represión, estaban determinados, resueltos.

Sin comprender la significación, las CRS arrestaron hasta a los simples mirones que comenzaban a agruparse pacíficamente, yendo incluso a buscar a los estudiantes sentados al fondo de los cafés para atraparlos mejor. En pocas horas los buenos estudiantes devinieron verdaderos «rabiosos».

El 3 de mayo hubo alrededor de 600 interpelaciones. El 6 de mayo, 16 000 manifestantes tomaron las calles durante casi 16 horas seguidas. El 7 son 45 000 los que gritaban: «¡Nosotros somos un grupúsculo!». Hay varios centenares de heridos de ambas partes. Las manifestaciones se sucedían todos los días: 20 000 el 8 de mayo, entre 20 000 y 30 000 el 10 de mayo; ese día hubo, además, decenas de barricadas en el Barrio Latino. Fue un momento decisivo que puso al régimen gaullista en el centro de la tormenta.

La decisión de levantar las primeras barricadas no fue tomada formalmente por organización alguna. Los militantes de la JCR jugaron, sin embargo, un papel importante en la iniciativa, a la inversa de otras organizaciones revolucionarias que opinaban que las barricadas construidas y defendidas por algunos miles de estudiantes eran «una aventura pequeño-burguesa».

Era evidente que un movimiento estudiantil, si bien muy determinado, no podía por sí solo hacerse cargo de esta prueba de fuerza ante el poder y tener la esperanza de ganar sin el apoyo de la clase obrera. Pero, en un contexto de desgaste del régimen gaullista, de radicalización de la clase obrera, de legitimidad democrática del movimiento estudiantil, lo que hubiese podido ser una simple demostración de «violencia fuera de la historia» se convirtió en una iniciativa fundamental. Este fue también un factor decisivo para la recepción de la JCR en las semanas y los meses que siguieron.

La violencia policial impactó terriblemente y asombró a una opinión pública que tenía la impresión de haber vivido «los acontecimientos» en directo, sobre todo gracias a la radio. Se contaba que la policía se ensañó con los manifestantes aislados, a veces heridos, lanzando granadas lacrimógenas en los apartamentos donde algunos se habían refugiado e incluso dentro de las ambulancias. Todo esto es cierto. Lo que choca especialmente, es el desajuste que existe entre todas esas violencias y lo que se sabe de las reivindicaciones demandadas por los estudiantes: el rechazo a los envejecidos reglamentos que prohíben la convivencia mixta en las ciudades universitarias o el derecho de mantener una reunión política en la Sorbona. Por primera vez en la historia, la juventud escolarizada apareció como una fuerza social con un rol central en el ámbito político.

El movimiento alcanza a las provincias: manifestación contra la represión en París, represión, manifestación contra la represión que se

acaba de sufrir, nueva represión... El ciclo de manifestaciones se encadenó a toda velocidad. Los universitarios, como en Estrasburgo, se declararon «autónomos». Un «poder estudiantil» se instaló y declaró tumbar los puentes con el Estado burgués, tomando como modelo las «universidades críticas» de los estudiantes alemanes. En las aulas magnas, entre dos manifestaciones, se halla al fin la ocasión para rehacer el mundo a su antojo. En la cabeza de algunos el «gran ocaso» ya ha comenzado. Además, la ocasión es más que propicia para hacer pasar a De Gaulle algunas noches blancas –este no da ya la impresión de saber cómo hacer regresar los relojes a su hora.

El 11 de mayo, el primer ministro Pompidou cedió sobre todos estos puntos: el Barrio Latino sería evacuado por la policía el lunes 13 en la mañana y la Sorbona abriría sin restricciones. Los estudiantes condenados serían liberados por la corte de apelaciones: los jueces, que permanecen ajenos al poder político, como bien se sabe, se vieron obligados a trabajar horas extras una tarde de domingo para emitir un veredicto que, de todas maneras, ya había sido anunciado por el gobierno.

El poder quiere calmar el juego. Como dirá más tarde Pompidou, se quiere «tratar el problema de la juventud aparte». Pero ya es muy tarde.

Las organizaciones sindicales se vieron obligadas a reaccionar y a organizar, el 13 de mayo, una jornada de huelga y de manifestaciones en todo el país con el fin de protestar contra la violencia policial. El éxito fue considerable: cientos de miles de personas en París, 450 manifestaciones en toda Francia.

Algo ha cambiado en la conciencia de los trabajadores. Los jóvenes han logrado arrastrar a decenas de miles de sus camaradas: se batan, resisten, están intentando hacer ceder al poder, asestando un rudo golpe al prestigio personal de De Gaulle –años más tarde las organizaciones obreras, con el PCF a la cabeza, explicaban que era imposible hacer nada a causa del régimen.

De Gaulle, quien había tenido la pretensión de «unir a todos los franceses» alrededor de su persona, estaba logrando, por el contrario, establecer esta unanimidad en su contra, sentando así un puente entre estudiantes y obreros. Desde el 13 de mayo aparecen palabras hostiles a De Gaulle: «¡De Gaulle a los archivos!», «¡10 años es suficiente!».

Las discusiones toman buen rumbo, después de todo este puede ser el momento...

La huelga se hace general, la ocupación se organiza

El 14 de mayo en la fábrica Sud-Aviation cerca de Nantes, jóvenes trabajadores influenciados por la extrema izquierda se lanzaron a la huelga, ocuparon la fábrica, secuestraron a los cuadros y al director. Al día siguiente, el movimiento se extendió a Renault-Cleón. Y esto a pesar de las direcciones sindicales. El 16 fue en Renault-Billancourt. Hasta ese momento 200 000 trabajadores estaban en huelga y alrededor de 50 fábricas permanecían ocupadas, sobre todo en las afueras.

El 17 por la tarde, la CGT hacía un llamamiento, no a la huelga general sino a arreglar «las cuentas pendientes». El 18 de mayo, Georges Séguy (secretario general de la CGT) precisaba en *L'Humanité*: «On pouvait attendre de nous un mot d'ordre de grève générale. Ceux-là seront déçus. Nous préférons de beaucoup la prise de responsabilité des travailleurs eux-mêmes qui décident des propositions qui leur sont faites par le syndicat».² Para la CGT, la cuestión no es, evidentemente, involucrar a los trabajadores en una lucha general contra De Gaulle y contra la patronal. La CGT quiere ser «responsable»; pero se apropió, rápidamente y al mismo tiempo, de los medios para asumir los cambios que se avecinaban para así controlar el movimiento.

El progreso de la huelga en todo el país fue extremadamente rápido. El día 17 había 200 000 huelguistas, 2 000 000 el 18, entre 6 y 9 000 millones el 22 de mayo (en aquella época había 15 000 000 de asalariados). Esto es tres veces más que en 1936, una cifra jamás alcanzada. Más de 4 000 000 permanecerán tres semanas en huelga, más de dos millones cumplirán un mes.

Este es, sin duda, un movimiento clave en la historia de la lucha de clases. Primeramente porque una huelga general acompañada de la ocupación de fábricas es más que una jornada de acción mantenida. La opresión cotidiana desaparece, y junto a ella los relojes que controlaban la jornada, los jefes, el trabajo embrutecedor. Se recuperan las relaciones humanas, se libera la palabra. No hay qué fumar, no hay gasolina; uno se las arregla. Se discute de todo en todas partes y con todo el mundo, no solo en la fábrica ocupada sino también en el barrio, en la calle.

² Se podría esperar de nosotros un llamado a la huelga general. Esos que esperan serán decepcionados. Preferimos, con mucho, la toma de responsabilidad de los trabajadores, quienes decidirán por sí mismos las propuestas que les son hechas por el sindicato [*n. de la T.*].

Además, porque esta huelga toca a todas las capas de la clase obrera. Comenzó por la metalurgia, las grandes empresas industriales se sumaron a la huelga, después el sector terciario. Todas las categorías se vieron involucradas, los obreros, los empleados, los cuellos blancos, los cuadros, pero también los futbolistas, los actores, la prensa, la justicia... el movimiento se extendió a todos los asalariados en una sociedad donde, por primera vez, estos constituían el 80 % de la población activa. Es por ello que serán las concentraciones industriales las más poderosas y ocurrirán en ellas los acontecimientos más significativos.

Los jóvenes obreros desempeñaron un rol decisivo en el lanzamiento de la huelga. Por el contrario, en sus retrasos fue determinante el peso de los sindicatos.

Las reivindicaciones formuladas apuntaban, en su mayoría, a «saldar las cuentas pendientes». Incluso así, aquí o allá, es la organización misma del trabajo lo que está siendo cuestionando.

La ocupación es un fenómeno general, pero se manifestó en contextos extremadamente diversos. A veces no son más que algunos delegados, a veces la ocupación es más masiva. Un embrión de vida social comenzó a organizarse dentro y alrededor de las empresas: algunas asambleas generales de trabajadores, una jornada de puertas abiertas para el resto de la población, también bailes populares, y la solidaridad que se organizaba aquí y allá entre los comerciantes y campesinos de la región para reabastecerse. Para la CGT la ocupación fue también el medio de mantener el control sobre los huelguistas, e incluso hay, en ocasiones, piquetes contra «los izquierdistas y los estudiantes».

La ocupación, si bien tuvo una dimensión fuertemente simbólica de toma del poder sobre los medios de trabajo, también tuvo consecuencias inesperadas al mantener a los asalariados en su lugar y, de hecho, a las direcciones sindicales que quieren controlarlo todo. Una obsesión que raya en la caricatura cuando se trata de evitar, por todas las vías, los intercambios y los encuentros incluso entre las empresas de un mismo grupo empresarial. ¡La delegación intersindical de Renault-Flins hubo de negociar, durante varios días, para entrar a Renault-Billancourt y reunirse con sus compañeros!

Los comités de huelga, cuando existieron, estaban compuestos por sindicalistas y raramente había trabajadores no sindicalizados. Estos se componen, en su mayoría, por intersindicalizados, reuniones de delegados, militantes ligados a las estructuras y responsables únicamente ante

estas. Un estudio de caso en el Norte y en Pas de Calais indica que estos comités existían en el 70 % de los casos, pero que solo el 14 % de estos había sido elegido y únicamente el 2 % podía ser revocado por la asamblea de huelguistas. A pesar de ello, el 17 de mayo, Séguy confirma por la radio su rechazo a coordinar los comités de huelga existentes.

Las comisiones eran activadas a veces, especialmente en las empresas donde los técnicos, a veces los cuadros, jugaron un rol importante. Este es, entonces, un inestable espacio de discusión.

Existían comités de acción en cierto número de lugares que reagrupan a los trabajadores más combativos, la izquierda obrera, los asalariados más sensibilizados con el modelo de los estudiantes... quienes mantuvieron, con frecuencia, una dinámica antisindical. Las asambleas generales son lugares de información más que de discusión.

No hay más que pocos ejemplos de control obrero. Estos no aparecieron más que en algunos sectores particulares: la prensa, los hospitales, el ejemplo más conocido es el del Centro de la Energía Atómica en Saclay.

En Nantes, como la parálisis del país pronto acarrió serios problemas materiales, los sindicalistas llegaron incluso a crear un comité central de huelga con el fin de asumir el funcionamiento de ciertos servicios indispensables: distribución de combustible o de bonos de gasolina, recogida de desechos u organización de puntos de venta de productos de primera necesidad para los huelguistas y sus familias.

La huelga provoca una verdadera crisis política

A finales del mes de mayo toda la huelga vivía al ritmo de los acontecimientos políticos. ¿Terminará De Gaulle por ceder y retirarse?

La situación se tornó realmente preocupante: del 22 al 26 de mayo ocurrieron en el país un centenar de manifestaciones, siempre con muchos huelguistas.

De Gaulle intentó terminar la crisis el 24 de mayo al proponer un referendo poniendo en juego a su propia persona: «¡El caos o yo!». Fue un fiasco, los manifestantes le respondieron: «¡No nos importan tus discursos!». Ese mismo día una manifestación parisina de 100 000 estudiantes y trabajadores incendió la Bolsa y sitió y saqueó dos comisarías. Otras manifestaciones violentas tuvieron lugar en Lyon, Toulouse, Burdeos, Estrasburgo y Nantes.

Resultaba imposible quebrantar el movimiento estudiantil que conservaba todo su vigor pero que también tenía limitaciones: los estudiantes, por más que afirmaban ser solidarios con la clase obrera, quedaban excluidos de aquello que ocurría en las fábricas. Por el contrario, el poder pensaba que era posible parar la huelga alentando a la patronal a negociar en un terreno corporativo: el gobierno con Pompidou desempeñando cierto rol de árbitro.

Las direcciones sindicales se dieron prisa en aceptar la oferta permitiendo a De Gaulle, al mismo tiempo, salir del callejón sin salida en que él mismo acababa de encerrarse al arriesgar todo su prestigio. Negociar bajo el arbitraje de su gobierno en ese momento era, sin duda alguna, hacerle recuperar su legitimidad en el momento en que esta era más cuestionada.

Las negociaciones de Grenelle del 25 de mayo no condujeron a nada con relación a la escala móvil de los salarios, la edad de retiro, el regreso a las 40 horas o la abrogación de las normativas concernientes a la seguridad social; daban garantías a los aparatos sindicales con la creación de los sectores sindicales en las empresas, preveían importantes aumentos de salarios (35 % más por encima del SMIG³ y 10 % más sobre los otros salarios) y el pago del 50 % de los días de la huelga.

La CGT, a través del secretario general Séguy, acompañado del negociador de los acuerdos de Matignon⁴ de 1936, iba a poner a prueba los resultados ante los obreros de Billancourt: estos manifestaron ruidosamente su indignación. La oposición de los obreros al regateo de esta negociación se expresó en la voluntad de no terminar la huelga, pero las capitulaciones no fueron masivamente condenadas en la base.

La CGT no tenía cura: no tenía caso que esta fuera a renegociar a Grenelle. Como si fuera poco, se involucró en negociaciones, sobre estas bases, al nivel de sectores y de empresas, rompiendo de hecho la unidad de la huelga general. Su esperanza era que la huelga iría apagándose al tener todos la posibilidad de regresar al orden.

³ Salaire Minimum Interprofessionnel Garanti [*n. de la R.*].

⁴ Por Matignon se refiere a la oficina del primer ministro de Francia [*n. de la R.*].

Los días cruciales

Sin embargo, de inmediato, el rechazo de Grenelle por parte de los trabajadores no hizo sino tornar más aguda la crisis política.

El 27 de mayo se sostuvo la reunión en el estadio Charletty que agrupó a 50 000 personas al llamado de la UNEF, con el apoyo de la FEN, de la CFDT y en presencia de Pierre Mendès-France. El movimiento estudiantil, incapaz de proponer una alternativa política real, se viró hacia la izquierda. Mendès-France no tenía nada que proponer.

Mitterrand, consciente del vacío político, buscó una alternativa institucional: anunció su candidatura a la presidencia de la República y propuso a Mendès-France como primer ministro. Este declara estar de acuerdo en dirigir un gobierno de izquierda unida que Mitterrand definirá «compuesto por 10 miembros escogidos sin exclusividad ni dosificación». Abrió así la puerta al PCF, por una razón que explicará más tarde:

J'estimais que la présence communiste rassurerait plutôt qu'elle n'inquiéterait... je savais que ni leur rôle, ni leur nombre dans l'équipe dirigeante n'avait de quoi effrayer les gens raisonnables qui, à l'instant même, voyaient dans la CGT et Séguy les derniers remparts d'un ordre public que le gaullisme se révélait impuissant à protéger face aux coups de boutoir des amateurs de la révolution.⁵

EL PCF afirmaba que «no había en Francia política de izquierda o de progreso social sin la participación de los comunistas» y hablaba de «gobierno popular».

El 29 de mayo la CGT organizó una manifestación enorme (500 000 personas) a favor de un «gobierno popular». En esta, la JCR coreaba «¡Gobierno popular sí, Mitterrand, Mendès-France no!», consigna retomada por muchos de los manifestantes. Pero esta consigna no solucionaba las cuestiones de fondo: ¿un gobierno para hacer qué, responsable ante quién? Esta, simplemente, tenía el mérito de señalar una

⁵ Yo estimaba que la presencia comunista aseguraría, sobre todo, que la misma no sería motivo de inquietud [...] yo sabía que ni su papel, ni su número en el equipo dirigente, habría de asustar a las gentes razonables quienes, en ese momento, veían a la CGT y a Séguy como las últimas defensas de un orden público que el gaullismo se mostraba incapaz de proteger en frente de los golpes violentos de los amateurs de la revolución [*n. de la T.*], François Mitterrand: *Ma part de vérité: De la rupture à la unité*, Payard, Paris, 1986.

solución, quizás transitoria, que permitiría no resignarse a la impotencia en el plano político, cuyo próximo paso debía ser explicar las trampas de los mecanismos institucionales sobre los cuales Mitterrand y otros querían encauzar al movimiento.

El vacío del régimen no era solo simbólico. Esas pocas jornadas entre el 27 y el 30 de mayo fueron el punto culminante de la crisis política. El Estado fuerte gaullista se manifestaba, por el momento, incoherente y paralizado. El enfrentamiento con ese Estado se planteaba sin que el movimiento, por su propia fuerza, pudiera desarrollar una alternativa política.

Por su parte, las direcciones reformistas intentan proponer una solución en el marco de las instituciones. Pero ello únicamente porque la situación les parece totalmente bloqueada, sin que necesariamente deseen que el proceso llegue hasta el final. Es cierto que el traspaso de los poderes habría podido hacerse de la manera más legal del mundo si el viejo general se hubiese rendido: después de todo, este último había llegado al poder 10 años antes gracias a las barricadas de Argel. Pero esto habría significado que la izquierda tomaba parte de su legitimidad directamente de la calle y no mediante las urnas, y esto no es lo que quería, para no tener que rendir cuentas.

Al comprender que podía apoyarse en esta capitulación, De Gaulle pasó a la ofensiva.

El poder gaullista se restablece

De Gaulle desapareció el 29 de mayo y dejó que la duda se apoderase de los ánimos. Una verdadera atmósfera de sálvese quien pueda reinaba entre los políticos de derecha, vueltos locos ante su pretendida desaparición, a tal punto que Valéry Giscard d'Estaing, futuro presidente de la República, declaró: «El gobierno que, a pesar de una moratoria, no logra restablecer la autoridad del Estado ni hacer que Francia regrese al trabajo, debe renunciar por sí solo».

De Gaulle se marchó a consultar al general Massu en Baden-Baden. El 30 de mayo retomó el control de la situación. A las 4:30 de la tarde los acontecimientos parecían suceder por un golpe de efecto cuidadosamente montado para su puesta en escena: en un discurso combativo e incisivo, De Gaulle anunció que no se retiraría, que no cambiaría al

primer ministro y que se disolvía la Asamblea Nacional, provocando así elecciones anticipadas en las que iban a incluirse las organizaciones reformistas.

Entre sus partidarios, el alivio fue proporcional al gran temor que experimentaron. Desde las 8:00 a las 10:00 p.m., al llamado de diversas organizaciones gaullistas reunidas por el movimiento de la extrema derecha de Occidente, mercenarios, antiguos combatientes de la Argelia francesa, cientos de miles de personas desfilaron por los Campos Elíseos dando la impresión de un verdadero maremoto. Manifestaciones del mismo tipo se daban un poco por todas partes.

Esta fue una verdadera ducha de agua fría para todos aquellos que habían creído en su renuncia. Comenzó a reinar cierta sensación de inestabilidad entre los huelguistas, e incluso cierto abatimiento. Es entonces que las negociaciones por sectores, y también a nivel de empresas, se pusieron realmente en marcha con la esperanza, esta vez, de salir de la crisis al menor costo dando simplemente a los sindicatos la oportunidad de regresar al trabajo sin mayores afectaciones.

Al anunciar el 30 de mayo que mantendría su mandato y que habría nuevas elecciones legislativas, De Gaulle no hizo más que asestar un golpe a la moral de los huelguistas. Permitió a las estructuras sindicales retomar la iniciativa tras el fracaso de Grenelle al explicar que era posible regresar al trabajo sin haber obtenido todo lo que se demandaba —ni siquiera gran cosa— pues de todas maneras un gobierno de izquierda pasaría las cuentas en su lugar gracias a las elecciones. Lo mejor sería que estas últimas ocurrieran lo más rápido posible. Por lo tanto, había que regresar «al orden y a la unidad».

Sin embargo, el regreso ocurrió no sin sobresaltos. El Estado hace un esfuerzo para poner en marcha las empresas que de él dependen: las carboneras, la EDF, la RATP o la SNCF. Estaba listo para sacar de los bolsillos un poco más que los patrones del sector privado con el propósito de crear un efecto psicológico (resulta interesante notar que la gasolina reapareció milagrosamente después del 30 de mayo) y porque no servía de nada querer poner en marcha la industria, en especial el sector privado, sin transporte ni energía.

El descenso es lento: hay aún 6 000 000 de huelguistas el 5 de junio, 3 000 000 el día 10, más de 1 000 000 el 15. En Renault-Billancourt, el trabajo no comienza hasta el 17 de junio.

Con respecto a esto, el conflicto no es ya el mismo. Por el contrario, permaneció minoritario pero se volvió más duro, más áspero ante la resistencia de los patrones, quienes pensaban poder salirse con el menor costo. Del 7 al 10 de junio, obreros y estudiantes se encontraron, codo a codo, en Flins. Hubo un muerto, un joven que trataba de escapar de los policías. Al día siguiente, hay verdaderos motines en Sochaux, en los alrededores de la fábrica de Peugeot, donde murieron dos obreros. La CGT cerró los ojos, presurosa por terminar...

Después de las elecciones, De Gaulle obtuvo una mayoría absoluta en el parlamento, totalmente inesperada. Su partido, el UDR, alcanzó incluso su mejor registro. El movimiento había sido dirigido contra la derecha, pero es esta quien se beneficia de su fracaso y del regreso al orden. Con respecto al PCF, que es aún el partido de izquierda más importante, fue mal recompensado: después de haber denunciado ampliamente durante todo el movimiento a los «provocadores izquierdistas», se revirtió el chantaje de la guerra civil por parte de toda la derecha y del mismo De Gaulle.

¿Una crisis revolucionaria en mayo-junio de 1968?

La JCR de la época quería, sobre todo, un «ensayo general», una primera etapa de la revolución. A pesar de todo lo hizo, y con cierta lucidez: la misma extrema izquierda, con la adición de diferentes grupos, no se manifestó capaz de organizar a los sectores decisivos de la población y Charléty demostró las limitaciones del movimiento, la ausencia de una perspectiva política. Se estaba aún lejos de una situación de doble poder: esta es la razón por la que la JCR prefiere hablar de «situación prerrevolucionaria».

El problema en sí también merece que nos detengamos y repasemos las características principales que revelaba Lenin a propósito de una situación revolucionaria: cuando los de arriba no pueden seguir gobernando como hasta entonces y cuando los de abajo no pueden soportarlo más.

¿Los de arriba?

Las grandes administraciones fueron afectadas por la huelga, más allá de ser menores que la industria. Los medios, las comunicaciones, los

transportes, la producción de energía, todos resultaron afectados. Ahora ya se sabe, hubo oscilaciones incluso en ciertos sectores de la policía, el gobierno reunió todos los recursos de la gendarmería. Pero las fuerzas armadas se mantuvieron, mayoritariamente, fuera de la crisis.

La patronal expresó una inquietud proporcional a la sorpresa. En el momento mismo de las negociaciones de Grenelle, una nota del centro de estudios empresariales analizó la sección sindical de la empresa como la «prochaine étape de l'escalade marxiste... pièce maîtresse du mécanisme totalitaire marxiste-leniniste»: ⁶ un embrión soviético. Esta misma nota estimaba que «la sauvegarde des libertés naturelles, fondement de la civilisation chrétienne et d'une véritable démocratie respectant les libertés concrètes de chacun» ⁷ estaba también en juego. ¡Nada más y nada menos! Pero, exactamente, ¿qué realidad traduce esto?

Los responsables políticos parecen haber sido rebasados. Pareciera incluso que este fue el caso de De Gaulle, quien se preparó para una represión masiva para detener la «anarquía», a diferencia de su Primer Ministro.

Lo que resultó significativo fueron la fuerza y la lucidez del aparato estatal con respecto a la debilidad de la mayoría de los hombres políticos, su capacidad de apreciar la relación real de las fuerzas. Pompidou, primer ministro y banquero, prefirió la absorción al enfrentamiento, contando con la división entre jóvenes y trabajadores. Los responsables del aparato represivo, siguiendo este análisis, hicieron esfuerzos considerables para evitar el cambio mortal luego de los enfrentamientos. Para ellos, claramente, se trataba de una revuelta estudiantil, no de una revolución obrera, y adaptaron la respuesta policial a estas circunstancias. ¡Los tres muertos fueron asesinados frente a las fábricas!

Entre las cuatro y seis semanas siguientes, el movimiento fue tal que el aparato del Estado no contó con todos sus instrumentos y no pudo gobernar como antes, aunque pudo intervenir. Se puede hablar de crisis política en la medida que hubo un vacío en el gobierno durante algunos días. Pero no hubo vacío de poder.

⁶ [...] próxima etapa en la escalada marxista [...] pieza maestra del mecanismo totalitario marxista-leninista [n. de la T.].

⁷ [...] la salvaguarda de las libertades naturales, fundamentos de la civilización cristiana y de una verdadera democracia respetuosa de las libertades concretas de cada uno [n. de la T.].

¿Los de abajo?

Fue la más grande huelga general que hubo en Francia. La iniciativa partió de una buena parte de los jóvenes trabajadores combativos y en algunos lugares se estableció en las calles un vínculo entre los estudiantes y los obreros jóvenes. Durante un mes, todo el país vivió al ritmo de la huelga. En medio de cierto ambiente de fiesta, millones de huelguistas demandaron más que reivindicaciones económicas, materializaron su rechazo a De Gaulle y a la sociedad. En fin, los problemas de los explotados y de los oprimidos fueron discutidos y mejor aún: mientras que el «socialismo real» en Europa del Este hacía soñar cada vez menos, la utopía era nuevamente admitida, acompañada de una crítica radical a todos los mecanismos del capitalismo.

Pero le faltaba a este movimiento una verdadera capacidad para realizar este proyecto, en términos de poder. Mayo-junio de 1968 no fue una situación revolucionaria: aun si el gobierno vaciló, los de arriba mantuvieron el poder, y los de abajo, aun si se movilizaron con fuerza, estuvieron lejos de imaginar arrancarlo y menos aún de reemplazarlo por alguna otra cosa.

Este movimiento no se dotó con ninguna forma democrática de representación, y menos de centralización. Ni los estudiantes ni los obreros. Si bien las discusiones fueron permanentes en las facultades y en algunos lugares abiertos, ellas no se tradujeron en decisiones, en procesos de designación de representantes democráticos del movimiento. En las fábricas raramente hubo verdaderas asambleas y casi nada de autororganización, de estructuración de comités de huelgas o de experiencias de control obrero, incluso parciales. En ausencia de la representación democrática del movimiento huelguista, el problema de su centralización ni siquiera fue formulado.

La vanguardia obrera que existía estalló, dividida y desintegrada. Se volvió incapaz de orientar a los miles de huelguistas con respecto a las perspectivas políticas. La debilidad de la extrema izquierda revolucionaria y su extrema dispersión en múltiples pequeños grupos, a menudo sectarios, no permitió superar esta situación.

Se produjo entonces un desfase entre la fuerza del movimiento y su contenido. Una situación tal podría haber cambiado, mas para ello era necesaria una fuerza política, dramáticamente ausente en 1968.

El rechazo a ceder de esta huelga, que se expresó en las demandas del movimiento, no se materializó como consecuencia de las rupturas significativas con los aparatos reformistas. Este fenómeno también ha de ser reubicado en los límites de una situación objetiva donde se apreciaba un sostenido período de crecimiento y donde nada vital para la población se puso en juego.

¿Qué queda de 1968?

Este acontecimiento mayor de la lucha de clases modificó profundamente a la sociedad francesa y a su vez tuvo una repercusión importante más allá de sus fronteras: constituye una de las fechas clave en la recomposición del movimiento obrero a finales del siglo xx. Hay razones profundas que justifican esto.

Contra aquellos que hacen de 1968 la última gran huelga del siglo xx, sostenemos que esta es la primera huelga general de una sociedad donde entre el 80 % y el 90 % de la población era asalariada. Esta demostró que en un país capitalista avanzado, un movimiento de semejante amplitud, que toca a todas las capas de la población, que amenaza a la autoridad, al Estado, que desborda la legalidad burguesa, es posible. Demostró que las formas de lucha de la clase obrera pueden propagarse a otros sectores de la sociedad.

Mayo del 68 fue el catalizador de la emergencia de una nueva generación política y social. La modificación profunda de la relación de fuerzas entre las clases produjo efectos directos hasta mediados de los años 70. Un proceso de politización dentro de la clase obrera permitió la aparición de corrientes que cristalizaron a la izquierda de los reformistas. Las relaciones de fuerza en el seno del movimiento obrero comenzaron a cambiar, la hegemonía del PCF fue batida en retirada. Una corriente revolucionaria apareció a la izquierda del PCF y resultó reconocida, incluso dentro de las empresas incluso sin ser capaz aún de cambiar el orden: las ilusiones electorales en el programa común de la unión de la izquierda dominaban en los años 70, siguieron las desilusiones de los años Mitterrand y el ascenso de la extrema derecha durante los 80 y los 90.

Hoy, la situación es diferente. Los años de gestión capitalista han reducido considerablemente el crédito con el que contaba la socialdemocra-

cia, y más aun el PCF. En el contexto de la recuperación global de la conciencia y de la combatividad del proletariado, una nueva generación reanuda las luchas, rompe con los aparatos tradicionales de la izquierda y del movimiento obrero. La extrema izquierda hace más que obtener aceptación. Comienza a representar una alternativa, ciertamente modesta, pero esta es una adquisición inestimable ante la perspectiva de próximas luchas que serán aún más decisivas.

Porque en el momento en que la mayoría de la población estime que las generaciones futuras vivirán en peores condiciones que aquellas que les precedieron, cuando los desastres ecológicos y sociales de un capitalismo desbocado hunda a millones de trabajadores en la miseria, la rebelión no es solamente posible, sino que habrá más razones para hacerla aún más radical que hace 40 años.

Como escribieran Daniel Bensaïd y Alain Krivine en *1968, fins et suites*: «Si nous devons garder quelque chose du messianisme de Mai, c'est ne pas l'utopie qui tient lieu de politique [...]. C'est l'irruption, la brèche, l'évènement, la porte étroite par où peut, à tout moment, entrer du possible».⁸ Sí, otro mundo es posible, ¡ahora más que nunca!

París-Rouen, 5 de mayo de 2008.

⁸ [...] si debiéramos conservar alguna cosa del mesianismo de Mayo, no es la utopía que toma el lugar de la política [...]. Es la interrupción, la brecha, el suceso, la puerta estrecha por la que se puede, en cualquier momento, acceder a lo posible [*n. de la T.*], Daniel Bensaïd, Alan Krivine: *1968, fins et suites*, La Brèche, Paris, 2008.